

La interdisciplina revisitada

Roberto Follari *

En la actualidad, algunas investigaciones académicas intentan presentar debates liberadores de las restricciones disciplinarias. Para el autor del artículo, estas discusiones representan tan solo modificaciones discursivas.

El tema de la interdisciplina siempre retorna. Establecido en el imaginario de la completitud que superaría las fraccionalidades propias de cada disciplina o en el de la feliz mezcla que todo lo reúne hacia un pastiche disolutor de las peculiaridades aislacionistas, vuelve con la insistencia de los arquetipos inconscientes, y se establece de nuevo en cada ocasión como si fuese la primera.

De modo que otra vez está en escena la reinventada propuesta de lo interdisciplinar, reprimida en su origen para que no sea advertida en lo que tiene de repetición y de retorno. Con ropajes a medias cambiados y a medias idénticos, esto ya se vivió en los años setenta, como una respuesta a las propuestas de los alumnos rebeldes de mayo del 68 (Follari, 1982; 1990). La interdisciplina llenó ríos de tinta; legitimó programas en elecciones para autoridades universitarias; engalanó informes de actividades, sin haber encontrado nunca los principios epistemológicos que la sacaran del plano de la propuesta política hacia el de la viabilidad académica y la fecundidad investigativa. De tal modo, se perdió en el olvido hacia los años ochenta, hasta que a fines de los años noventa vivimos un *revival* que –para ser plenamente tal– ha decidido prescindir de las citas y de otras elegancias que hacen al repertorio de, por ejemplo, los *remakes* cinematográficos. En este caso, nadie parece saber que hubo un auge anterior del tema o nadie quiere dar cuenta de que lo sabe. De modo que en el campo discursivo, estamos (re)descubriendo continentes ya descubiertos.

Es curioso que se mantenga el sentido entre festivo y triunfalista que fuera propio de la aparición de la temática en los años setenta, ya sea en su versión opositora como en la oficializada por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico para los países europeos. Apuntar a *Teorías sin disciplina* (Castro-Gómez y Mendieta, 1998) parece ser un llamado válido por sí mismo y que no requiriera posterior explicación para justificarse en su pertinencia, así como en lo que se supone tendría de ideología crítica de lo hegemónico.

De tal modo, parece desconocerse que la interdisciplina aparece recurrentemente como una propuesta de la derecha ideológica proempresarial. Por supuesto, argumentarán muchos, no se trata de una propuesta idéntica a la que realizan otros desde el pensamiento poscolonial, los estudios culturales o la crítica epistemológica. Sin duda que es así, que bajo la generosa amplitud de esa noción y de las cercanas y entremezcladas con ella (transdisciplina, multidisciplina, etc.) se cobijan posturas y

proyectos diferentes, y que éstos debieran ser convenientemente discriminados entre sí. Pues bien: precisamente eso es lo que nosotros solicitamos y, por ello, nos es claro que la sola apelación a superar lo disciplinar carece de todo rasgo intrínseco que fuera necesariamente crítico o liberador. La propuesta interdisciplinar en su primera formulación explícita surgió como modo de tranquilizar a los estudiantes que habían realizado tomas de universidades y rebeliones en la calle a fines de los sesenta (Apostel, 1975).¹ Tuvo una direccionalidad ideológica precisa, aunque mantuvo la ambigüedad necesaria para parecer una respuesta a demandas de esos mismos estudiantes, para presentarse como la retraducción de sus banderas de superación tanto de la separación entre teoría y práctica, como de la existente entre intelecto y realidad.

Pero este cambio de sesgo llevó hacia la ligazón de universidad con empresa, y al demérito relativo de la formación científica tras el acento puesto en la formación exclusivamente profesional. Se *operativizó* la formación de acuerdo con la lógica eficientista de los empresarios privados o del Estado como (por entonces) gran empresario, subordinando al pensamiento crítico y a las posibilidades de actividad profesional no regida tan directamente por la dinámica inmanente de la ganancia.

Reconocer la historia para no repetirla

La transdisciplina no es un meritorio invento liberador surgido de los pensadores poscoloniales ni una inédita batalla contra bastiones ordenadores propios del pensamiento moderno. Es una propuesta que se planteó inicialmente en épocas en que no existía ni remotamente lo posmoderno, de modo que su búsqueda era por completo realizada en términos propios de la modernidad. Pero, además, de la modernidad hegemónica, no de su lado crítico o negativo. La modernidad que ha paseado por la historia de Occidente la idea de que el mundo es un espacio para ser dominado, para ser explotado bajo la racionalidad pragmática, dispuesto a ser objeto de cálculo racionalizante, a la pura finalidad de su dominio y de la ganancia que pueda proveer. Estas son las credenciales de nacimiento de la interdisciplina, no otras. Por supuesto, ello nada supone en cuanto a que no pudiera pensarse de otros modos bajo otras circunstancias y dentro de diferentes marcos conceptuales. Pero sí deja claro la no autorización a plantear las cosas como si nada antes hubiera sucedido, como si la apelación a lo inter o transdisciplinar surgiera *aquí y ahora*, como si no estuviéramos obligados a despejar equívocos y resolver conflictos de interpretación si es que queremos ocupar ese terreno.

De modo que esta vieja novedad conceptual retorna actualmente de diversas maneras. Una es la intentada por Wallerstein (1996) con la Comisión Gulbenkian, en la que se hace una asunción de la actual crisis de las ciencias sociales y se aboga por una superación de las distancias entre disciplinas. La propuesta queda a medio camino entre la reivindicación de los estudios culturales y la aceptación de las dificultades que tiene cada una de las disciplinas tradicionales para dar una interpretación de lo social por sí misma.

Queremos destacar que estas dos posiciones son muy diferentes entre sí, y por ello no superponibles ni conciliables. Por un lado, los estudios culturales abjuraron del marxismo, el cual no fue nunca

interdisciplinar por la simple razón de que jamás hubiera aceptado la diferenciación –respecto de lo social– para ser trabajado por disciplinas diversas. Las razones para la superación de los límites entre disciplinas se hacen, a partir de esa consideración, antitéticas para estas dos posturas: marxismo y estudios culturales.

Para estos últimos, toda noción de totalidad social está abolida. No creen que tal totalidad exista o merezca algún tipo de referencia, con lo cual la variabilidad de los fragmentos aparece como repertorio de análisis. Tal flotación de diferencias ganaría en su mutua fecundación y combinación; en tanto, se asume que todos los géneros son laxos (y por ello también lo son sus límites, como los que separarían las disciplinas), de modo que no se recupera ninguna unidad previa, sino se inaugura una polifonía inédita de diferencias y acentos. Sin embargo, debemos consignar que lo inter o transdisciplinar funciona aquí como callada repetición del (des)orden de lo real, al pretender captarlo sin la intermediación del ordenamiento epistémico, como obedeciendo a una especie de callada naturaleza de las cosas mismas (regresando de hecho a una epistemología pre-bachelardiana, propia de inicios del siglo XX). Y así, en un gesto de supuesta superación de la modernidad, se deja de lado las exigencias constructivas de las teorías científicas como si fueran un lastre que puede abandonarse sin problemas, con lo cual lo interdisciplinar corre el riesgo de volverse pre-disciplinar o anti-disciplinar (lo que ya sería muy otra cosa, y constituye un contrasentido en sí mismo).²

Por su parte, para el marxismo lo social es un todo estructurado, y como tal sólo comprensible en la composición del conjunto de sus partes. La economía –lejos de la vulgata que se ha hecho del materialismo, sobre todo por algunos sedicentes *superadores*– es siempre ya *economía política* y no una variable independiente que determinara desde sí el resto de las instancias sociales. Lo político es obviamente impensable sin la economía y por cierto lo social –si es que puede independizárselo en algún sentido– está entramado en los dos niveles anteriores. A su vez, lo antropológico no estaría separado de lo sociológico (la diferencia entre los conceptos de *cultura* y *sociedad* es profundamente ideológica e instalada desde el repertorio de los colonialismos), de manera que no existirían ciencias sociales separadas e independientes.

Por supuesto, todos conocemos la reducción del autor alemán a sociólogo producida por cierta sociología vía de la célebre e improbable trilogía Durkheim-Marx-Weber, la cual no cumple otra función que la de dar a esa disciplina la idea de una tradición en común tras la cual encolumnar a sus investigadores y ordenar el campo en su dispersión teórica e ideológica más o menos inevitable (Alexander, 1991). Tal interpretación nada tiene que ver con el marxismo ni con la mirada de quienes a él adhieren. A tal punto esta teoría no es una sociología ni *contiene* una sociología diferenciable del resto de su textualidad, que toda la teoría de la alienación y la del fetichismo es sabido que son netamente filosóficas –por tanto, no científicas ni *sociológicas*–, mal que le pesara a la furia clasificatoria de Althusser, quien buscaba un Marx extrafilosófico en contra mismo de la letra del pensador alemán. Pero además debe considerarse que no sólo el mismo Althusser era un filósofo –que por otras razones también hubiera recusado la idea de una sociología marxista–, sino que esta teoría crítica no opera en los márgenes

internos de la práctica científica, busca ser una conceptualización orientadora directa de prácticas sociales masivas, y como tal trasciende el ámbito explicativo propio de las teorías en el cerrado espacio de la institucionalidad académica.

De tal modo y dentro de esta concepción que reubica lo académico en lo que lo desborda y lo compone a la vez, para el materialismo histórico no hay ciencias sociales autónomas, sino una sola ciencia de lo social. Para los estudios culturales, en cambio, hay una amplia variabilidad y gama de matices y puntos de vista en las disciplinas y las teorías existentes dentro de un rango de relativa multiplicidad y dispersión; se supone que producir desde ellas un cierto *collage* combinatorio puede enriquecer interpretaciones y promover nuevas ópticas.

Como se ve, bajo el nombre de interdisciplina pueden caber posiciones antitéticas: instaladas en fuertes diferencias, tanto desde el punto de vista ideológico, como desde el propiamente epistémico.

En todo caso, dejamos constancia de que hoy la posición del filósofo alemán tendría que ser revisada en un sentido: la abolición de las disciplinas específicas hacia un discurso único podría resultar anacrónica, en tanto llevaría a achatar especificidades ya construidas en las diferenciadas tradiciones de las disciplinas. Dicho de otro modo: el acopio de conocimientos en cada área disciplinar es actualmente tan amplio, que volver a la idea de un único espacio explicativo podría –si no *de jure*, sí de hecho– resultar reductiva.

Ya lo avanzado en el conocimiento de lo social no podría ser reconducido a un solo espacio de explicación. Sin embargo, la noción de *totalidad* como categoría organizadora de la mirada de cada disciplina alcanza todavía sentido. Que cada una actúe sabiendo que su especificidad no existe y que sólo responde a un recorte instrumental y analítico permitiría dejar de pretender que, cuando se hace economía a secas, se está haciendo ciencia suficientemente justificada, menos aún *exacta*. La misma invalidación se daría para quienes pretenden desprender al análisis político de las determinaciones económicas, o al sociológico de alguna o de ambas de las dos anteriores.

A su vez, la posterior reunión sintética (incluso por vía de trabajos de investigación interdisciplinarios grupales) de lo trabajado desde cada ciencia de manera analítica resultaría necesaria, de modo que las diferentes partes del entramado social encuentren su sentido en la concepción de conjunto que resitúa dichas partes.

En cualquier caso resulta claro que los estudios culturales prefieren la diferencia, mientras la otra versión remite a lo social como unidad. Sus nociones de justificación de la mezcla disciplinar son casi opuestas entre sí.

Por ello es que a la mezcla planteada desde el marxismo habría que calificarla de alguna manera específica, ya que la noción de interdisciplina le es exterior e incluso, por supuesto, resulta enormemente posterior a su propio desarrollo liminar.

Creo haber justificado cómo la apelación a estudios culturales y afines poco tiene que ver con la noción de proponer cierta unidad del objeto de conocimiento. Una distinción más fuerte entre ambas tradiciones sería necesaria en aquel texto de la Comisión Gubelkian dirigida por Wallerstein a fin de no proponer una

cosa para obtener la otra, en tanto que la concepción de sistema-mundo de Wallerstein debe mucho a la noción de *totalidad social*, por completo ajena a los estudios culturales.

También encontramos la versión *aggiornada* de la posición proempresarial en el difundido texto de Gibbons y otros, *La nueva producción del conocimiento* (1998). Aquí la cuestión es postulada en términos de superación del pasado académico, caracterizado por la existencia de las disciplinas con un sentido intrateórico desgajado de las exigencias que se atribuye a *la realidad*. Esta última llamaría con fuerza desde las urgencias del desarrollo económico, que el autor lee como las de los dueños de las grandes empresas. De tal modo, se trata de trasladar el lugar de investigación desde la universidad a la empresa, de lo académico a lo productivo-económico y de pasar del interés por la explicación al que se tenga por la aplicación.

¿Una nueva perspectiva de trabajo?

Tan rotundo cambio de acentos supone también dar lugar al trabajo de grupo por sobre el individual, ya que hay que mezclar diversos discursos disciplinares para la investigación aplicada. Ello, porque se trata de retornar directamente al orden de lo real desde el de la teoría, a fin de servir a los mecanismos de operación propios de la empresa suficientemente actualizada para el éxito en la actual economía. Aunque también se busca modificar la academia: “[...] algunas de las prácticas asociadas con el nuevo modo ya están creando las presiones tendientes a producir un cambio radical en las instituciones tradicionales de la ciencia, particularmente en las universidades y en los consejos nacionales de investigación” (Gibbons, 1998, 47).

Esta *presión* hacia las academias no deja de sentirse en los últimos años con extremo vigor desde las burocracias que financian la investigación, llevándola hacia el campo de lo utilitario y de lo inmediato y abandonando decididamente el apoyo a todo lo que no sea aplicativo.

La función intrínseca de lo interdisciplinar, en este dispositivo de puesta de la ciencia al servicio directo del capital y a su creciente desarticulación en función de convertirse en simple tecnología al servicio del lucro empresarial, es por demás evidente. Por una parte, privilegia la aplicación por sobre lo explicativo y reduce esto último, limitando así el lugar del pensamiento crítico y de la referencia al espacio social global en que se inscriben las *innovaciones* empresariales. Por otro, pone lo real por sobre lo epistémico, como si lo real se explicara *per se*. De tal manera, busca deslegitimar el orden teórico por considerarlo *lejano a la realidad*, a la vez que instaurar la noción de que aplicación al servicio del capital es igual a *realidad*, pues se aporta a la lógica inmanente del desarrollo económico. Y el orden teórico propio de las disciplinas podría dejarse de lado, para reinstaurar un sentido común para el cual lo verdadero fuera igual a lo útil, y lo útil igual a *lo útil para el gran empresariado*.

Como se ve, esta concepción de lo interdisciplinar está en las antípodas de cualquier pensamiento crítico, de modo que esperaríamos que quienes sostienen la interdisciplina desde otros lugares ideológicos se hagan cargo de especificar sus diferencias conceptuales y de despejar su propuesta de ambigüedades, dado que es evidente que lo interdisciplinar está a años luz de ser genéticamente impoluto.

Una posición cautelosa

Por ello, resulta saludable advertir posiciones más cautas acerca de la interdisciplina como la que sostiene Alberto Florez-Malagón, aunque por momentos su formación cercana al poscolonialismo lo deslice hacia cierto énfasis apologético (Florez-Malagón y otros, 2002). En su caso se señala la riqueza que la interdisciplina puede guardar para promover nuevos objetos de conocimiento, pero también se recusa una radicalidad antimoderna que dejaría de lado conocimientos previamente asentados, los que –por cierto– serían condición misma de los trabajos transdisciplinares.

No vamos a hacer aquí un análisis detallado de la variada compilación con la cual Florez-Malagón ha retomado hace poco tiempo el tema de lo transdisciplinar. Hay allí textos que van en dirección de defender la *narrativa* (Partner, 2002) o de situar un lugar más fuerte para las humanidades en el análisis de lo social (Millán de Benavides, 2002), lo cual no deja de ser considerablemente problemático si no se discute las diferentes condiciones de legitimación operantes para ambos tipos de discurso (ciencias sociales/humanidades); de defensa del feminismo (Mc Donald, 2002) o de esclarecimientos sutiles y bien planteados acerca de lo poscolonial aplicado a Latinoamérica (Bustos, 2002). Sin embargo, en pocos de estos textos lo interdisciplinar y la específica elucidación de sus protocolos se transforma en el punto decisivo de análisis. Si bien no acordamos con las “mentes indisciplinadas” como modo supuesto de abrir la imaginación (Frankman, 2002) –en tanto creemos que un pensamiento interdisciplinar sin disciplinas de base que sirvan para la mezcla conceptual posterior es simplemente impensable–, hallamos en el libro otro trabajo con premisas muy compartibles (Borrero, 2002).

La interdisciplina como necesaria para la resolución de problemas concretos; la exigencia de realizarla mediante trabajo grupal, pues se requiere el aporte de personas provenientes de diferentes ciencias –no hay interdisciplina unipersonal, en contra de lo que a menudo se proclama–; los problemas de coordinación que exigen esas actividades grupales; la evidencia de que lo interdisciplinar no es fácil ni brinda resultados inmediatos; todas estas constataciones traen el tema nuevamente al terreno de una necesaria sensatez y a su justificación en criterios de epistemología por una parte y por otra, de gestión de la investigación y la docencia. Es en estos planos acotados donde se puede razonablemente dar significado al debate y no en una especie de hiperinflación doctrinal por la cual, desde un ámbito tan intracientífico como es el investigativo, se pretende a veces tan colosales finalidades como torcer el rumbo (disciplinario) que habría tenido todo el pensamiento de Occidente.

Notas

¹ Apostel, Leo y otros, *Interdisciplinarietà*. México, Biblioteca de la Educación Superior, ANUIES, 1975. Este libro recopila una serie de ponencias expuestas en un Congreso internacional sobre interdisciplina realizado en Niza en el año 1970. La *novedad* a la que nos enfrentamos va acercándose al medio siglo de existencia.

² Por ejemplo, García Canclini (1998). Una crítica ácida a este aspecto en Reynoso (2000).

Bibliografía

- Alexander, Jeffrey "La centralidad de los clásicos", en Giddens, Anthony; Turner, Jonathan y otros, *La teoría social, hoy*. México, Alianza, 1991.
- Apostel, Leo y otros, *Interdisciplinariedad*. México, Biblioteca de la Educación Superior, ANUIES, 1975.
- Borrero, Alfonso, "La interdisciplinariedad y los problemas sociales", en Florez- Malagón y Millán de Benavides, C. (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá, Univ. Javeriana, 2002.
- Bustos, Guillermo, "Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley" en Florez- Malagón y Millán de Benavides, C. (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá, Univ. Javeriana, 2002.
- Castro-Gómez, S. y Mendieta, Eduardo (coords.), *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. México, Porrúa, 1998.
- Florez-Malagón, Alberto; Millán de Benavides, Carmen y otros, "Introducción", en Florez- Malagón y Millán de Benavides, C. (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá, Univ. Javeriana, 2002.
- Follari, Roberto, *Interdisciplinariedad: los avatares de la ideología*. México, UAM-Azcapotzalco, 1982.
- Follari, Roberto, *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*, Buenos Aires, Aique-Rei-IDEAS, 1990.
- Frankman, Mayron, "La mente indisciplinada: la imaginación liberada" en Florez- Malagón y Millán de Benavides, C. (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá, Universidad Javeriana, 2002.
- García Canclini, Néstor, "De cómo Clifford Geertz y Pierre Bourdieu llegaron al exilio", en *Causas y azares*, N° 7. Buenos Aires, 1998.
- Gibbons, Michael y otros, *La nueva producción del conocimiento (la dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas)*. Barcelona, Pomares-Corredor, 1997.
- Mc Donald, Lynn, "La enseñanza de la teoría clásica, con la inclusión de: mujeres teóricas, biografía, historia, y el entorno biofísico", en Florez- Malagón y Millán de Benavides, C. (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá, Universidad Javeriana, 2002.
- Millán de Benavides, Carmen "La literatura de nuevo al centro: abrir el archivo", en Millán de Benavides, C. (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá, Universidad Javeriana, 2002.
- Partner, Nancy (2002) "La verdad narrativa y la narrativa adecuada: la historia después del posmodernismo", en Florez- Malagón y Millán de Benavides, C. (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá, Universidad Javeriana, 2002.
- Reynoso, Carlos, *Auge y decadencia de los estudios culturales (una visión antropológica)*. Barcelona, Gedisa, 2000.
- Wallerstein, Immanuel y otros, *Open the social sciences (report of the Gulbenkian Comisión on the restructuring of social sciences)*. Stanford, Stanford University Press, 1996.

* Profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo. En 1997 recibió el Premio Nacional del Servicio Universitario Mundial sobre Educación y Derechos Humanos.